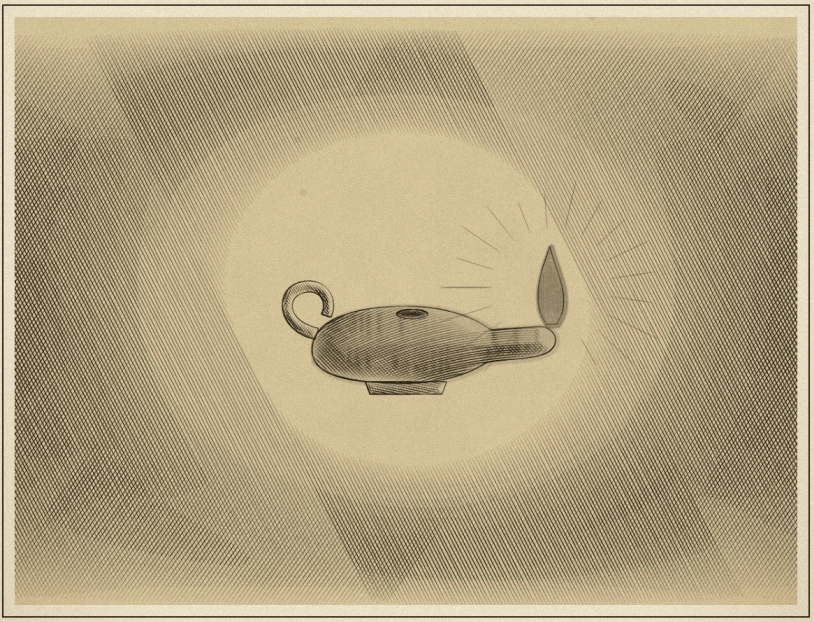
LA AMADA INMÓVIL

Amado Nervo



La lámpara encendida

MMXXVI

La amada inmóvil

Amado Nervo

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto original de Amado Nervo (escrito en 1912; primera edición póstuma, 1920).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Ofertorio

¿Llorar?, ¿por qué?

Más que yo mismo

Gratia plena

¡Puella mea!

Su trenza

Escamoteo

¿Qué más me da?

¡Quién sabe por qué!

Mi secreto

Metafisiqueos

Unidad

El fantasma soy yo

Tres meses

Hugueana

Cuando dios lo quiera

Le trou noir

Todo inútil

¡Cómo será!

La cita

Nadie conoce el bien

Reparación

¡Cómo callan los muertos!

Me besaba mucho

Aquel olor...

Regnum tuum

Este libro
Ya todo es imposible
Esperanza
El resto ¿qué es?
Nihil novum
Por miedo
¡Cuántos desiertos interiores!
Eso me basta
¡Qué bien están los muertos!
Bonsoir...
Soneto
Seis meses...
Piedad
Pobrecita mía
Los muertos mandan
Lejanía
Pero yo te amo
Vivir sin tus caricias
Por esta selva...
El viaje
Sin rumbo
Después
¡Oh, muerte!
Alquimia
Diálogo
Tal vez...
Lux perpetua
Un signo

¿Por qué?

Eternidad

El encuentro

Impaciencia

Dilema

Siete de noviembre de mil novecientos doce

La santidad de la muerte

Impotencia

Bendita...

Al encontrar unos frascos de esencia

Señuelo

Yo no debo irme...

Resurrección

¡Reyes!

Hasta muriéndote

¡Qué importa!

Quedamente

El que más ama

¡Si pudiera ser hoy!...

Perdón

La aparición

Tanatofila

Restitución

Buscando

Indestructible

La bella del bosque durmiente

«Ed ella ov'è?», di subito diss'io

Los muertos

Solo tú

Benedicta

No lo sé

El celaje

Ofertorio

Deus dedit, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor: ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte! Tú me diste un amor, un solo amor, ¡un gran amor! Me lo robó la muerte... y no me queda más que mi dolor. Acéptalo, Señor: ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

¿Llorar?, ¿por qué?

Este es el libro de mi dolor: lágrima a lágrima que formé; una vez hecho, te juro, por Cristo, que nunca más lloraré. ¿Llorar? ¿Por qué? Serán mis rimas como el rielar de una luz íntima, que dejaré en cada verso; pero llorar, ¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio un haz de notas que regaré y habrá una risa por cada arpegio, ¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio! Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

Más que yo mismo

¡Oh, vida mía, vida mía!, agonicé con tu agonía y con tu muerte me morí. ¡De tal manera te quería, que estar sin ti es estar sin mí! Faro de mi devoción, perenne cual mi aflicción es tu memoria bendita. ¡Dulce y santa lamparita dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar desde que tú te partiste y hasta el fin lo ha de alumbrar, que si me dejaste triste, triste me habrás de encontrar. Y al abatir mi cabeza, ya para siempre jamás, el mal que a minarme empieza, pienso que por mi tristeza tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor del recuerdo, mi dolor será espejo en que has de verte, y así vencerá a la muerte la claridad del amor. No habrá ni coche ni abismo que enflaquezca mi heroísmo de buscarte sin cesar. Si eras más que yo mismo, ¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh, vida mía, vida mía, agonicé con tu agonía y con tu muerte me morí! De tal manera te quería, que estar sin ti es estar sin mí.

Gratia plena

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía: su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar... El ingenio de Francia de su boca fluía. Era llena de gracia, como el Avemaría; ¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día, rubia y nevada como margarita sin par, al influjo de su alma celeste amanecía... Era llena de gracia, como el Avemaría; ¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar! Cierta dulce y amable dignidad la investía de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que mucha princesas, princesa parecía: era llena de gracia, como el Avemaría; ¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar! Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar, y cadencias arcanas halló mi poesía. Era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar! ¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía; pero flores tan bellas nunca pueden durar! ¡Era llena de gracia, como el Avemaría; y a la Fuente de gracia, de donde procedía, se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

¡Puella mea!

Muchachita mía, gloria y ufanía de mi atardecer, yo sólo tenía la santa alegría de mi poesía y de tu querer. ¿Por qué te partiste? ¿Por qué te fuiste? Mira que estoy triste, triste, triste, triste, con tristeza tal que mi cara mustia deja ver mi angustia como si fuera de cristal.

Muchachita mía, ¡qué sola, qué fría te fuiste aquel día! ¿En qué estrella estás? ¿En qué espacio vuelas? ¿En qué mar rielas? ¿Cuándo volverás? —¡Nunca, nunca más!

Su trenza

Bien venga, cuando viniere, la Muerte; su helada mano bendeciré si hiere... He de morir como muere un caballero cristiano. Humilde, sin murmurar, ¡oh Muerte! me he de inclinar cuando tu golpe me venza; ¡pero déjame besar, mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que te corté y que, piadoso guardé (impregnada todavía del sudor de su agonía) la tarde en que se me fue!

Su noble trenza de oro: amuleto ante quien oro, ídolo de locas preces, empapado por mi lloro tantas veces..., tantas veces... Deja que, muriendo, pueda acariciar esa seda en que vive aún su olor: ¡Es todo lo que me queda de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar mi locura, al recordar otra trenza, en nardo llena, con que se dejó enjugar los pies por la Magdalena...

Escamoteo

Con tu desaparición es tal mi estupefacción, mi pasmo, que a veces creo que ha sido un escamoteo, una burla, una ilusión; que tal vez sueño despierto, que muy pronto te veré, y que me dirás: «¡No es cierto, vida mía, no me he muerto; ya no llores..., bésame!».

¿Qué más me da?

In angello cum libello.

Kempis.

¡Con ella, todo; sin ella, nada! Para qué viajes, cielos, paisajes, ¡Qué importan soles en la jornada! Qué más me da la ciudad loca, del mar rizada, el valle plácido, la cima helada, ¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da... Venecias, Romas, Vienas, Parises: bellos sin duda; pero copiados en sus celestes pupilas grises, ¡en sus divinos ojos rasgados! Venecias, Romas, Vienas, Parises, qué más me da vuestra balumba febril y vana, si de mi brazo no va mi Ana, ¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da... Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo; un apartado refugio amigo donde pensar, un libro austero que me conforte; una esperanza que sea norte de mi penar, y un apacible morir sereno, mientras más pronto más dulce y bueno: ¡qué mejor cosa puedo anhelar!

¡Quién sabe por qué!

Perdí tu presencia, pero la hallaré; pues oculta ciencia dice a mi conciencia que en otra existencia te recobraré. Tú fuiste en mi senda la única prenda que nunca busqué; llegaste a mi tienda con tu noble ofrenda, ¡quién sabe por qué!

¡Ay!, por cuánta y cuánta quimera he anhelado que jamás logré..., y en cambio, a ti, santa, dulce bien amado, te encontré a mi lado, ¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste; diez años me amaste; diez años llenaste mi vida de fe, de luz y de aroma; en mi alma arrullaste como una paloma, ¡quién sabe por qué! Y un día te fuiste: ¡Ay triste!, ¡ay triste!; pero te hallaré; pues oculta ciencia dice a mi conciencia que en otra existencia te recobraré.

Mi secreto

¿Mi secreto? ¿Estoy perdido de amores por un ser desaparecido, por un alma liberta, que diez años fue mía, y que se ha ido... ¿Mi secreto? te lo diré al oído: ¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes, tú que buscas los visibles transportes, las reales, las tangibles caricias de la hembra, que se plasma a todos tus deseos invencibles ese imposible de los imposibles de adorar a un fantasma? ¡Pues tal mi vida es y tal ha sido y será!

Si por mí solo ha latido su noble corazón, hoy mundo y yerto, ¿he de mostrarme desagradecido y olvidarla, no más porque ha partido, y dejarla, no más porque se ha muerto?

Metafisiqueos

¡De qué sirve al triste la filosofía! Kant o Schopenhauer o Nietzche o Bergson... ¡Metafisiqueos! En tanto, Ana mía, te me has muerto, y yo no sé todavía dónde ha de buscarte mi pobre razón. ¡Metafisiqueos, pura teoría!

¡Nadie sabe nada de nada: mejor que esa pobre ciencia confusa y vacía, nos alumbra el alma, como luz del día, el secreto instinto del eterno amor! No ha de haber abismo que ese amor no ahonde, y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde! ¿Cuándo? No me importa..., ¡pero te hallaré!

Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!», responde. Si pregunto a mi alma, me dice: «¡Yo sé!»

Unidad

No, madre, no te olvido; mas apenas ayer ella se ha ido, y es natural que mi dolor presente cubra tu dulce imagen en mi mente con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria como oriente y ocaso de mi historia como principio y fin de mi sendero, como nido y sepulcro de mi gloria; ¡pues contigo nací, con ella muero!

Ya viviréis las dos en mis amores sin jamás separaros; pues, como en un matiz hay dos colores y en un tallo dos flores, ¡en una misma pena he de juntaros!

El fantasma soy yo

Vivants, vous êtes des fantômes. C'est nous qui sommes les vivants! V. H.

Mi alma es una princesa en su torre metida, con cinco ventanitas para mirar la vida. Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó. Y tu alma, que desde antes de morirte volaba, es un ala magnífica, libre de toda traba... Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo! ¡Qué entiendo de las cosas!

Las cosas se me ofrecen, no como son de suyo, sino como aparecen a los cinco sentidos con que Dios limitó mi sensorio grosero, mi percepción menguada. Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo, en cambio, no sé nada! Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

Tres meses

Mi amada se fue a la muerte, partió al Misterio mi amada; se fue una tarde de invierno; iba pálida, muy pálida. Ella que, por su color, gloriosamente rosada, parecía un ser translúcido iluminado por llama interna... ¡Qué lividez aquella, la de mi Ana, y qué frialdad! ¡Si tenía hasta las trenzas heladas!

¡Se fue a la Muerte, que es nuestra Madre, nuestra Patria y nuestra sola heredad tras este valle de lágrimas! Hoy hace tres meses justos que se la llevaron trágicamente inmóvil, y recuerdo con qué expresión desolada se plañía entre los árboles el viento del Guadarrama. ¡Tres meses de viaje!

¡Nunca fue nuestra ausencia tan larga! Noventa días sin verla, y sin una sola carta... Abismo de los abismos, distancias de las distancias, hondura de las honduras, muralla de las murallas, ¿dónde tienes a mi muerta? ¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega suena y resuena la aldaba con que llamo a la gran puerta del castillo que se alza en la cima misteriosa de la fúnebre montaña!

Cierto, detrás de esa hostil fortaleza, alguien se halla... Se adivina no sé qué, un confuso rumor de almas... De fijo nos oyen, pero nadie nos responde nada, y resuena solamente, con vibraciones metálicas, en los ámbitos inmensos el golpazo de la aldaba.

Hoy hace tres meses justos que se la llevaron, trágicamente inmóvil, y recuerdo con qué expresión desolada se plañía entre los árboles el viento del Guadarrama; y recuerdo también que al cruzar por las barriadas de Madrid me sollozó una tétrica gitana: »Señorito, una limosna por la difunta de su arma»

Hugueana

¡Ay de mí! Cuántas veces, arrobado en la contemplación de una quimera, me olvidé de la noble compañera que Dios puso a mi lado. —¡Siempre estás distraído! —me decía; y yo, tras mis fantasmas estelares, por escrutar lejanos luminares el íntimo lucero no veía.

Qué insensatos antojos los de mirar, como en tus versos, Hugo, las estrellas en vez de ver sus ojos, desdeñando, en mi triste desatino, la cordial lucecita que a Dios plugo encenderme en la sombra del camino... Hoy que partió por siempre del amor mío, no me importan los astros, pues sin ella para mí el universo está vacío.

Antes, era remota cada estrella: hoy, su alma es la remota, porque en vano lo buscan mi mirada y mi deseo. Ella, que iba conmigo de la mano, es hoy lo más lejano: los astros están cerca, pues los veo.

Cuando dios lo quiera

Santa florecita, celestial renuevo, que hiciste mi alma una primavera, y cuyo perfume para siempre llevo: ¿Cuándo en mi camino te hallaré de nuevo? —¡Cuándo Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera! —¡Qué abismo tan hondo! ¡Qué brazo tan fuerte desunirnos pudo de tan cruel manera! Mas ¡qué importa!

Todo lo salva la muerte y en otra ribera volveré yo a verte... ¡En otra ribera..., sí! ¡Cuando Dios quiera! Corazón herido, corazón doliente, mutilada entraña: si tan tuya era (carne de tu carne, mente de tu mente, hueso de tus huesos), necesariamente has de recobrarla... —¡Sí, cuando Dios quiera!

Le trou noir

Y todos los modernos sobreentienden, quienes más, quienes menos, esa inmortalidad del otro lado del agujero negro. Flaubert, Correspondencia ¡Para el que sufre como yo he sufrido, para el cansado corazón ya huérfano, para el triste ya inerme ante la vida, bendito agujero negro!

¡Para el que pierde lo que yo he perdido (luz de su luz y hueso de sus huesos), para el que ni recobra ya ni olvida, bendito agujero negro! ¡Agujero sin límites, gigante y medroso agujero, cómo intriga a los tontos y a los sabios la insondabilidad de tu misterio!

¡Mas si hay alma, he de hallar la suya errante; si no, en la misma nada fundiremos nuestras áridas bocas, ya sin labios, en tu regazo, fúnebre agujero!

Todo inútil

Inútil es tu gemido: no la mueve tu dolor. La muerte cerró su oído a todo vano rumor. En balde tu boca loca, la suya quiere buscar: Dios ha sellado su boca: ¡ya no te puede besar! Nunca volverás a ver sus amorosas pupilas en tus veladas arder como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas en ti no se posarán: Dios puso la noche en ellas y llenas de noche están... Las manos inmaculadas le cruzaste en su ataúd, y estarán siempre cruzadas: ¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno que sólo por ti latió, como a pájaro en invierno la noche lo congeló. —¿Y su alma? ¿Por qué no viene? ¡Fue tan mía...! ¿Donde está? —Dios la tiene, Dios la tiene: ¡Él te la devolverá quizá!

¡Cómo será!

Si en el mundo fue tan bella, ¿cómo será en esa estrella dónde está? ¡Cómo será! Si en esta prisión obscura, en que más bien se adivina que se palpa la hermosura, fue tan peregrina, ¡cuán peregrina será en el más allá!

Si de tal suerte me quiso aquí, cómo me querrá en el azul paraíso en donde mora quizá? ¡Cómo me querrá! Si sus besos eran tales en vida, ¡cómo serán sus besos espirituales! ¡Qué delicias inmortales no darán! Sus labios inmateriales, ¡cómo besarán!

Siempre que medito en esa dicha que alcanzar espero, clamo, cual Santa Teresa, que muero porque no muero: hallo la vida muy tarda y digo: ¿cómo será la ventura que me aguarda donde ella está? ¡Cómo será!

La cita

Llamaron quedo, muy quedo, a la puerta de tu casa...

Villaespesa.

Has escuchado? Tocan la puerta... —La fiebre te hace desvariar. —Estoy citado con una muerta, y un día de éstos ha de llamar... Llevarme pronto me ha prometido; a su promesa no ha de faltar... Tocan la puerta. Qué, ¿no has oído? —La fiebre te hace desvariar.

Nadie conoce el bien

Había un ángel cerca de mí, mas no le vi... Posó las plantas maravillosas entre las zarzas de mi erial, y yo, en tanto, estaba viendo otras cosas. Cuando, callado, tendió su vuelo y quedó al irse torvo mi cielo, mi vida huérfana, mi alma vacía, comprendí todo lo que perdía.

Alcé los ojos despavorido, llamé al ausente con un gemido, plegó mis labios convulso gesto... Mas pronto el ángel dejó traspuesto, con vuelo de ímpetu soberano, las lindes negras del mundo arcano, y todo vano fue... ¡todo vano! ¡Quién del espacio devuelve un ave! ¡Qué imán atrae a un dios ya ido!

Dice el proloquio que nadie sabe el bien que tiene... ¡sino perdido!

Reparación

¡En esta vida no la supe amar!

Dame otra vida para reparar, ¡oh Dios!, mis omisiones, para amarla con tantos corazones como tuve en mis cuerpos anteriores; para colmar de flores, de risas y de gloria sus instantes; para cuajar su pecho de diamantes y en la red de sus labios dejar presos los enjambres de besos que no le di en las horas ya perdidas... Si es cierto que vivimos muchas vidas (conforme a la creencia teosófica), Señor, otra existencia de limosna te pido para quererla más que la he querido, para que en ella nuestras almas sean tan una, que las gentes que nos vean en éxtasis perenne ir hacia Dios digan:

«¡Cómo se quieren esos dos!» A la vez que nosotros murmuramos con un instinto lúcido y profundo (mientras que nos besamos como locos): «¡Quizá ya nos amamos con este mismo amor en otro mundo!»

¡Cómo callan los muertos!

¡Qué despiadados son en su callar los muertos! Con razón todo mutismo trágico y glacial, todo silencio sin apelación se llaman: un silencio sepulcral.

Me besaba mucho

Me besaba mucho; como si temiera irse muy temprano... Su cariño era inquieto, nervioso. Yo no comprendía tan febril premura. Mi intención grosera nunca vio muy lejos... ¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto el plazo, que la vela herida por el latigazo del viento, aguardaba ya..., y en su ansiedad quería dejarme su alma en cada abrazo, poner en sus besos una eternidad.

Aquel olor...

Era un´amicizia «di terra lontana»

Gabriele d'annunzio.

¿En qué cuento te leí? ¿En qué sueño te soñé? ¿En qué planeta te vi antes de mirarte aquí? ¡Ah! ¡No lo sé..., no lo sé! Pero brotó nuestro amor con un antiguo fervor, y hubo, al tendernos la mano, cierta emoción anterior, venido de lo lejano.

Tenía nuestra amistad desde el comienzo un cariz de otro sitio, de otra edad, y una familiaridad de indefinible matiz... Explique alguien (si la osa) el hecho, y por qué, además, de tus caricias de diosa me queda una misteriosa esencia sutil de rosa que viene de un siglo atrás...

Regnum tuum

Fuera, sonrisas y saludos, vals, esnobismo de los clubs, mundanidad oropelesca. Pero al volver a casa, tú. En el balcón, en la penumbra, vueltos a los ojos al azul, te voy buscando en cada estrella del misterioso cielo augur. ¿Desde qué mundo me contemplas? ¿De qué callada excelsitud baja tu espíritu a besarme?

¿Cuál el astro cuya luz viene a traerme tus miradas? ¡Oh qué divina es la virtud con que la noche penetra bajo su maternal capuz! Hasta mañana, salas frívolas, trajín, ruidos, inquietud, mundanidad oropelesca, poligononales fracs, abur. Y tú, mi muerta, ¡buenas noches! ¿Cómo te va? ¿Me amas aún?

Vuelvo al encanto misterioso, a la inefable beatitud de tus lejanos besos místicos. ¡Aquí no reinas más que tú!

Este libro

Un rimador obscuro que no proyecta sombra, un poeta maduro a quien ya nadie nombra, hizo este libro, amada, para vaciar en él como turbia oleada de lágrimas y hiel.

Humilde florilegio, pobre ramo de rimas, su solo privilegio es que acaso lo animas tú, con tu santo soplo de amor y de ternura, desde el astro en que estás. ¡Un dolor infinito labró en él con su escoplo tu divina escultura, como un recio granito, para siempre jamás!

Ya todo es imposible

¡Dios no ha de devolvértela porque llores! Mientras tú vas y vienes por la casa vacía; mientras gimes, la pobre está pudriéndose en su agujero. ¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias con la sal de tus ojos; así suspires hasta luchar en ímpetu con el viento que pasa, destrozando las flores de tus jardines; así solloces hasta herir la entraña de la noche sublime, nada obtendrás: la Muerte no devuelve sino cenizas a los tristes... La pobre está pudriéndose en su agujero, ¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... Inclina la cabeza, humíllate, humíllate y aguarda, recogido, en las tinieblas, ¡el beso de la Esfinge!

Esperanza

Y por qué no ha de ser verdad el alma? ¿Qué trabajo le cuesta al Dios que hila el tul fosfóreo de las nebulosas y que traza las tenues pinceladas de luz de los cometas incansables dar al espíritu inmortalidad? ¿Es más incomprensible por ventura renacer que nacer?

¿Es más absurdo seguir viviendo que el haber vivido, ser invisible y subsistir, tal como en redor nuestro laten y subsisten innumerables formas, que la ciencia sorprende a cada instante con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano; esperanza nodriza de los tristes; murmúrame esas íntimas palabras que en silencio de la noche fingen, en lo más escondido de mi mente, cuchicheo de blancos serafines... ¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta? Si lo sabes, ¿por qué no me lo dices?

El resto ¿qué es?

Tú eras la sola verdad de mi vida, el resto, ¿qué es? Humo... palabras, palabras, palabras... ¡mientras la tumba me hace enmudecer! Tú eras la mano cordial y segura que siempre estreché con sentimiento de plena confianza en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza se reposó bien, oyendo el firme latir de la entraña que noblemente mía sólo fue. Tú lo eras todo: ley, verdad y vida... El resto, ¿qué es?

Nihil novum

¡Cuántos, pues, habrán amado como mi alma triste amó... y cuántos habrán llorado como yo! ¡Cuántos habrán padecido lo que padecí, y cuántos habrán perdido lo que perdí!

Canté con el mismo canto, lloro con el mismo llanto de los demás, y esta angustia y este tedio ya los tendrá sin remedio los que caminan detrás. Mi libro sólo es, en suma, gotícula entre la bruma, molécula en el crisol del común sufrir, renuevo del Gran Dolor: ¡Nada nuevo bajo el sol!

Mas tiene cada berilo su manera de brillar, y cada llanto su estilo peculiar.

Por miedo

La dejé marcharse sola... y, sin embargo, tenía para evitar mi agonía la piedad de una pistola. »¿Por qué no morir? —pensé. ¿Por qué no librarme desta tortura? ¿Ya qué me resta después que ella se me fue? Pero el resabio cristiano me insinuó con voces graves: »¡Pobre necio, tú que sabes!»

Y paralizó mi mano. Tuve miedo..., es la verdad; miedo, sí, de ya no verla, miedo inmenso de perderla por toda una eternidad. Y preferí, no vivir, que no es vida la presente, sino acabar lentamente, lentamente, de morir.

¡Cuántos desiertos interiores!

¡Cuántos desiertos interiores! Heme aquí joven, fuerte aún, y con mi heredad ya sin flores. Némesis sopló en mis alcores con bocanadas de simún. De un gran querer, noble y fecundo, sólo una trenza me quedó... ¡y un hueco más grande que el mundo! Obra fue todo de un segundo. ¿Volveré a amar?

¡Pienso que no! Sólo una vez se ama en la vida a una mujer como yo amé; y si la lloramos perdida queda el alma tan malherida que dice a todo: «—¡Para qué!» Su muerte fue mi premoriencia, pues que su vida era razón de ser de toda mi existencia.

Pensarla es ya mi sola ciencia... ¡Resignación! ¡Resignación!

Eso me basta

Este libro tiene muchos precedentes, tantos como gentes habrán sollozado por un bien amado, desaparecido, por un gran amor extinguido.

Tal vez muchos otros lloraron mejor su dolor que yo mi inmenso dolor, quizá (como eran poetas mayores) había en sus lágrimas mucho más fulgores... Yo en mis tristes rimas no pretendo nada: para mí es bastante con que mi adorada para siempre ida, detrás de mi hombro las lea anhelante y diga:

«Éste sí que es un buen amante que nunca me olvida.»

¡Qué bien están los muertos!

¡Qué bien están los muertos, ya sin calor ni frío, ya sin tedio ni hastío! Por la tierra cubiertos, en su caja extendidos, blandamente dormidos... ¡Qué bien están los muertos con las manos cruzadas, con las bocas cerradas! ¡Con los ojos abiertos, para ver el arcano que yo persigo en vano!

¡Qué bien estás, mi amor, ya por siempre exceptuada de la vejez odiada, del verdugo dolor...; inmortalmente joven, dejando que te troven su trova cotidiana los pájaros poetas que moran en las quietas tumbas, y en la mañana, donde la Muerte anida, saludan a la vida!

Bonsoir...

Donc, bonsoir, mignon, et à demain (Palabras que Ana me dejó escritas una noche en que tuvimos que separarnos)

Buenas noches, mi amor, y hasta mañana!

Hasta mañana, sí, cuando amanezca, y yo, después de cuarenta años de incoherente soñar, abra y estriegue los ojos del espíritu, como quien ha dormido mucho, mucho, y vaya lentamente despertando, y, en una progresiva lucidez, ate los cabos del ayer de mi alma (antes de que la carne la ligara) y de hoy prodigioso en que habré de encontrarme, en ese plano en que ya nada es ilusión y todo es verdad... ¡Buenas noches, amor mío, buenas noches!

Yo quedo en las tinieblas y tú volaste hacia el amanecer... ¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!

Porque, aun en cuando el destino acumulara lustro sobre lustro de mi prisión por vida, son fugaces esos lustros; sucédense los días como rosarios, cuyas cuentas magnas son los domingos... Son los domingos, en que, con mis flores, voy invariablemente al cementerio donde yacen tus formas adoradas.

¿Cuántos ramos de flores he llevado a tu tumba? No lo sé. ¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos! Tal vez ya pocos! ¡Oh, qué perspectiva deliciosa! ¡Quizá el carcelero se acerca con sus llaves resonantes a abrir mi calabozo para siempre!

¿Es por ventura el eco de sus pasos el que se oye, a través de la ventana, avanzar por los quietos corredores? ¡Buenas noches, amor de mis amores! Hasta luego, tal vez...., o hasta mañana.

Soneto

¡Qué son diez años para la vida de una estrella! Mas para el triste amante que encontró la mitad de su alma en el camino, y se enamoró della, diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días quiso el Arcano, que encauza las vidas paralelas, juntarnos no en meloso y estulto paraíso, sino en la comunión de las almas gemelas. Conducidos marchamos por un amor experto; del brazo siempre fuimos, y tal nos adoramos, que... ¡no sé quién ha muerto, o si los dos morimos!

Seis meses...

¡Seis meses ya de muerta!

Y en vano he pretendido un beso, una palabra, un hálito, un sonido... y, a pesar de mi fe, cada día evidencio que detrás de la tumba ya no hay más que silencio... Si yo me hubiese muerto, ¡qué mar, qué cataclismos, qué vórtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos burlaran mi deseo febril y omnipotente de venir por las noches a besarte en la frente, de bajar, con la luz de un astro zahorí, a decirte al oído:

«¡No te olvides de mí!» Y tú, que me querías tal vez más que te amé, callas inexorable, de suerte que no sé sino dudar de todo, del alma, del destino, ¡y ponerme a llorar en medio del camino! Pues con desolación infinita evidencio que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Piedad

No porque está callada y ya no te responde, la motejes; no porque yace helada, severa, inmóvil, rígida, la huyas; no porque está tendida y no puede seguirte ya, la dejes; no porque está perdida para siempre jamás, la sustituyas!

Pobrecita mía

Bien sé que no puedes, pobrecita mía, venir a buscarme. ¡si pudieras, vendrías! Acaso te causan dolor mis fatigas, mis ansias de verte, mis quejas baldías, mi tedio implacable, mi horror por la vida. ¡No puedes traerme consuelo! ¡Si pudieras, vendrías! ¿Qué honda, qué honda debe ser la sima donde caen los muertos, pobrecita mía!

¡Qué mares sin playas qué noche infinita qué pozos danaideos, qué fieras estigias deben separarnos de los que se mueren desgajando en dos almas una misma, para que no puedas venir a buscarme! Si pudieras, vendrías...

Los muertos mandan

Los muertos mandan. ¡Sí, tú mandas, vida mía! Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?» Hago tal o cual cosa pensando: «¡Ella lo hacía!» Busco lo que buscabas, lo que dejabas dejo, amo lo que tú amabas, copio como un espejo tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Lejanía

¡Parece mentira que hayas existido! Te veo tan lejos... Tu mirada, tu voz, tu sonrisa, me llegan al fondo de un pasado inmenso... Eras más sutil que mi propio ensueño; eres el fantasma de un fantasma, eres el espectro de un espectro... Para reconstruir tu imagen remota he menester ya de un enorme esfuerzo.

¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas? ¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio? ¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia reposó por las noches, confiada en mi pecho? ¡Ay qué perspectivas ésas de la muerte! ¡Qué horizontes tan bellos! ¡Cuál os divinizan, oh difuntas jóvenes, con sus lejanías llenas de misterio!

¡Qué consagraciones tan definitivas las que da el Silencio!... ¡Cuál os vuelve míticas, casi fabulosas! ¡Qué tristes mujeres de carne y de hueso, con sus pobres encantos efímeros, podrían venceros? Tenéis un augusto prestigio de estatua, y por un fenómeno de rareza lleno, mientras más distantes, más imperiosas vais agigantandoos en el pensamiento.

Pero yo te amo

Yo no sé nada de la vida, yo no sé nada del destino, yo no sé nada de la muerte; ¡pero te amo! Según la buena lógica, tú eres luz extinguida; mi devoción es loca, mi culto, desatino, y hay una insensatez infinita en quererte; ¡pero te amo!

Vivir sin tus caricias

Vivir sin tus caricias Vivir sin tus caricias es mucho desamparo; vivir sin tus palabras es mucha soledad; vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro, es mucha obscuridad...

Por esta selva...

Por esta selva tan espesa, donde nunca el sol penetró, buscando voy una princesa que se me perdió.

Entre los árboles copudos, entre las lianas verdinegras que trepan por los desnudos troncos, como culebras; entre las rocas de hosquedad hostil y provocativa y la pavorosa soledad y la penumbra esquiva, buscando voy una princesa rubia como la madrugada que no ha partido y que no regresa desta espesura malhadada.

Dicen que al fin de aquella ruta, que bordan el ciprés y el enebro, hay una reina muy enjuta que mora en un castillo muy negro; que guarda en fieros torreones otras princesas como la mía, y que es sorda a las rogaciones del desamparo y la agonía.

Mas, acaso si yo pudiese ver a la reina, y su huella seguir astuto, al cabo diese con el castillo negro... ¡y con Ella! Pero el más seguro instinto no se sentiría capaz de guiarse por el laberinto desta penumbra pertinaz.

Es que el espíritu presiente algo fatal que se avecina, y es que acaso es más imponente que lo que vemos claramente lo que tan sólo se adivina. Heme aquí, pues, con la alma opresa en medio de obscuridad, enamorado de una princesa que se perdió en la selva espesa tal vez por una eternidad...

El viaje

Para calmar a veces un poco el soberano, el invencible anhelo de volverte a mirar, me imagino que viajas por un país lejano de donde es muy difícil, ¡muy difícil!, tornar.

Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte; doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín, y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte, un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte y me echará en tus brazos, ¡por fin, por fin, por fin!

Sin rumbo

Por diez años su diáfana existencia fue mía. Diez años en mi mano su mano se apoyó, ¡y en sólo unos instantes se me puso tan fría, que por siempre mis besos congeló!

¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca de mis huérfanos besos, si sus labios están cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca, si su frente divina se heló bajo su toca, si sus ojos ya nunca se abrirán!

Después

Después de aquella brava agonía, ya me resigno..., ¡sereno estoy! Yo, que con ella nada pedía, hoy, ya sin ella, sólo querría ser noble y bueno... ¡mientras me voy! Es un bendito nombre, que adoro, ser noble y bueno, y al expirar, poder decirme:

«¡Nada atesoro: di toda mi alma, di todo mi oro, di todo aquello que pude dar!» Desnudo torno como he venido; cuanto era mío, mío no es ya: como un aroma me he difundido como una esencia me he diluido, y, pues que nada tengo ni pido, ¡Señor, al menos vuélvemela!

¡Oh, muerte!

Muerte, ¡cómo te he deseado! ¡con qué fervores te he invocado!, ¡con qué anhelares he pedido a tu boca su beso helado! ¡Pero tú, ingrata, no has oído! ¡Vendrás, quizá, con paso quedo cuando de partir tenga miedo, cuando la tarde me sonría y algún ángel, con rostro ledo, serene mi melancolía!

Vendrás, quizá, cuando la vida me muestre una veta escondida y encienda para mí una estrella. ¡Qué importa! Llega, ¡oh Prometida! ¡Siempre has de ser la bien venida, pues que me juntarás con Ella!

Alquimia

Bien sé que para verte he menester la alquimia de la muerte que me transmute en alma, y delirante de amor y de ansiedad, a cada instante que llega, lo requiero diciéndole: «Ah, si fueses tú el postrero!»

Es tan desmesurado, tan divino y tan hondo el futuro que adivino a través de las rutas estelares, y de uno en otro de los avatares, siempre contigo, noble compañera, que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Diálogo

El desaliento ¡Por qué empeñarse en buscar a quién se quiere esconder! Si Dios no se deja ver, alma, ¿cómo les has de hallar? Y aún pretendes lograr que esa esfinge que se esconde y calla, te diga dónde recobrarás a tu muerta. ¡Ilusa, llama a otra puerta, que en ésta nadie responde!

La esperanza Hay que empeñarse en buscar a quien se quiere esconder. Si Dios no se deja ver, alma, le tienes que hallar por fuerza. Y has de lograr que esa esfinge que se esconde y calla, te diga dónde recobrarás a tu muerta. ¡Si la Fe llama a una puerta, el Amor siempre responde!

Tal vez...

Tal vez ya no le importa mi gemido en el indiferente edén callado en que el espíritu desencarnado vive como dormido... Tal vez ni sabe ya cómo he llorado ni cómo he padecido.

En profundo quietismo, su alma, que antes me amara de tal modo, se desliza glacial por ese abismo del eterno mutismo, olvidada de sí, de mí, de todo...

Lux perpetua

Si ha de ser condición de mi dicha el olvido de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido). Prefiero la existencia más árida y doliente al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¡qué tengo sin ti de cosa propia, que me halague o sonría en esta clara inopia, ni qué luz en mis noches me quedará si pierdo también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Un signo

Eternidad: ¡devuélveme lo que me has substraído! Abismo: ¡restitúyeme lo que sorbió tu hondura! Esfinge: ¡escucha mi alarido! ¡Compadécete ya, Noche obscura! Oye mi imploradora voz, ¡oh Isis!; desgarra tu capuz... y tú, lucero ignoto en que ella mora, ¡por piedad, hazme un signo de luz!

¿Por qué?

¿Por qué tú que me amabas con esa multiforme solicitud celeste, me dejas hoy? ¿Por qué no acudes a mis lágrimas? —Es un misterio enorme... —Es un misterio enorme..., ¡pero yo lo sabré!

Eternidad

La muerte! Allí se agota todo esfuerzo, allí sucumbe toda voluntad. ¡La Muerte! ¡Lo que ayer fue nuestro Todo hoy sólo es nuestra Nada!... ¡Eternidad! ¡Silencio!... El máximo silencio que es posible encontrar. ¡Silencio!... ¡Ultrasilencio, y no más! ¡Oh, no más! ¡Ni una voz en la noche que nos pueda guiar!

Ana, razón suprema de mi vida, ¿dónde estás, dónde estás, dónde estás? Se abisma en el abismo el pensamiento, se enlobreguece, ¡al fin!, todo mirar en esta lobreguez inexorable, y desespera, a fuerza de esperar, la más potente de las esperanzas. ¡Eternidad, eternidad!

El encuentro

¿Por qué permaneciste siempre sorda a mi grito? ¡Dios sabe cuántas veces, con amor infinito, te busqué en las tinieblas, sin poderte encontrar! Hoy —¡por fin!— te recobro: todo, pues, era cierto... ¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto... ¡Te recobro! ¡Me miras y te vuelvo a mirar!

—Me recobras, amigo, porque ya eras un muerto: De fantasma a fantasma nos podemos amar.

Impaciencia

Soy un viajero que tiene prisa de partir. Soy un alma impaciente e insumisa que se quiere ir. Soy un ala que trémula verbero... ¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar de mi pie tu grillete de acero y —¡por fin!— a dejarme volar?

Dilema

O no hay alma, y mi muerta ya no existe (conforme el duro y cruel «polvo serás»)... o no puede venir, y está muy triste; pero olvidarse de mi amor, ¡jamás! Si de lo que ella fue sólo viviese un átomo consciente, tras la fría transmutación de los sepulcros, ¡ese átomo de conciencia me amaría!

Siete de noviembre de mil novecientos doce

La noche en que estaba tendida (hoy hace diez meses) era la noche última que iba a pasar un su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el alma, y la luz, y todo!

¡En su casa, donde la adorábamos con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo! ¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera el pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos.

Y habría que alejarla de nosotros como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos, para meterlo en un agujero sucio y glacial.

¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa! ¡A ella, que vio mi solicitud tutelar encendida siempre como una lámpara sobre su existencia!

¡Oh, Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia, y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

La santidad de la muerte

La santidad de la muerte llenó de paz tu semblante, y yo no puedo ya verte de mi memoria delante, sino en el sosiego inerte y glacial de aquel instante. En el ataúd exiguo, de ceras a la luz fatua, tenía tu rostro ambiguo quietud augusta de estatua en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué de dulce y meditativo; majestad de lo que fue; reposo definitivo de quien ya sabe el porqué. Placidez, honda, sumisa a la ley; y en la gentil boca breve, una sonrisa enigmática, sutil, iluminando indecisa la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena como desde tanto siento, aquella visión me llena de blando recogimiento y unción..., como cuando suena la esquila de algún convento en una tarde serena...

Impotencia

Señor, piedad de mí porque no puedo consolarme... Lo intento, mas en vano. Me sometí a tu ley porque eras fuerte:

¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso es mi resignación sólo impotencia de vencer a la Muerte, cuyo ácido ósculo corrosivo, royendo el corazón que me amó tanto, royó también mi voluntad de acero... ¡La Muerte era titánica; yo, átomo! Señor, no puedo resignarme, no!

¡Si te digo que ya estoy resignado, y si murmuro fiat voluntas tua, miento, y mentir a Dios es insensato! ¡Ten piedad de mi absurda rebeldía! ¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!

¡Que conculque tu ley tu piedad misma!... Y revive a mi muerta como a Lázaro o vuélveme fantasma como a ella, para entrar por las puertas del Arcano y buscar en el mundo de las sombras el deleite invisible de sus brazos.

Bendita...

Bendita seas, porque me hiciste amar la muerte, que antes temía. Desde que de mi lado te fuiste, amo la muerte cuando estoy triste; si estoy alegre, más todavía. En otro tiempo, su hoz glacial me dio terrores; hoy, es amiga. ¡Y la presiento tan maternal!... Tú realizaste prodigio tal. ¡Dios te bendiga!

¡Dios te bendiga!

Al encontrar unos frascos de esencia

Hasta sus perfumes duran más que ella! Ved aquí los frascos, que apenas usó, y que reconstruyen para mí la huella sutil que en la casa dejó... Herméticamente encerrada, la esencia en sus pomos no se escapará.

Mientras que el espíritu de mi bien amada, más imponderable, más tenue quizá, voló de sus labios, redoma encantada, ¡y en dónde estará!

Señuelo

La muerte nada quiere con los tristes. Subrepticia y astuta, aguarda a que ríamos para abrirnos la tumba y, con su dedo trágico, de pronto señalarnos la húmeda oquedad, y empujarnos brutalmente hacia su infecta hondura.

Mas yo tengo tal gana de que venga, que voy a ser feliz para que acuda, para que sea mi reír señuelo, y ella caiga en la trampa de venturas ruidosas, que en el fondo son tristezas... ¿La engañaré?

¡Quizá, si tú me ayudas desde la eternidad, oh inmarcesible amada, oh novia única, cuyos besos de sombra he de reconquistar, pese a la Enjuta que te mató a mansalva hace once meses, dejando a un infeliz por siempre a obscuras!

Yo no debo irme...

Yo no debo irme: tengo que esperar hasta que la muerte venga a llamar. ¡Tengo que esperar! ¡Cuánto tarda, cuánto!... Pero el tiempo corre y a veces escucho, cerca de mi torre, entre las tinieblas, cauteloso andar... Mucho andar, pero tiene que llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis para mí la vida, que cuadriculáis para mí los aires; impasibles rejas, duras a mis dedos, sordas a mis quejas: habrán de limaros mis firmes anhelos, y quizá una noche me abriréis los cielos. Mucho, tal vez mucho tengo de esperar; pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Resurrección

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco... Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor. Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco por él en estatura espiritual, señor. ¡Oh Dios, no me lo quites!

Él es la sola puerta de luz que yo vislumbro para llegar a Ti. Él es la sola vida que vive ya mi muerta: mi llanto, diariamente, la resucita en mí.

¡Reyes!

¡Oh, reyes, me trajisteis hace un año un presente excepcional: un gran dolor! Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de Oriente, Baltasar, Gaspar y Melchor. Durante las tristísimas horas de vuestra noche, terribles horas de expiación, mi solo bien, mi frágil azucena, su broche plegaba ya sin remisión. Todo fue inútil: llanto, plegarias.

Y al siguiente día vi agostarse mi flor. Fuisteis conmigo pródigos, monarcas del Oriente; vuestros tres dromedarios trajéronme el presente más grande, ¡oh Baltasar, oh Gaspar, oh Melchor!

Hasta muriéndote

Hasta muriéndote me hiciste bien, porque la pena de aquel edén incomparable que se perdió, trocando en ruego mi vieja rima, llevó mis ímpetus hacia la cima, pulió mi espíritu como una lima y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno, por ti quisiera ser siempre bueno, de los que sufren tengo piedad; en mi alma huérfana, sólo Dios priva, nada mi vuelo mental cautiva, y es mi esperanza cual siempreviva que se abre a un beso de eternidad.

¡Qué importa!

¡Qué importa que no sepas como te sigo amando más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces! ¡Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Quedamente

Me la trajo quedo, muy quedo, el destino, y un día, en silencio me la arrebató; llegó sonriendo; se fue sonriente; quedamente vino; vivió quedamente; ¡queda... quedamente desapareció!

El que más ama

Si no te supe yo comprender, si una lágrima te hice verter, bien sé que al cabo perdonarás con toda tu alma... ¡Qué vas a hacer! ¡El que más ama perdona más!

¡Si pudiera ser hoy!...

Como verte es el único Ideal que persigo, sin vivir en mí estoy, y muriendo del ansia de reunirme contigo, cada día me digo «¡Si pudiera ser hoy!»

Perdón

Perdóname, Ideal, para que pueda irme en paz al venir mi última hora... Es tan dulce el perdón: ¡prerrogativa de los Dioses! Perdóname, Inmortal: «El que todo lo sabe lo perdona todo», y hoy, Ideal, todo lo sabes con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame como un rayo de luna en el silencio de una mística noche... Que caiga como pétalos de lirio sobre el hondo cansancio de mi vida. Perdóname, Ideal, para que pueda morir en paz.

La aparición

Cristo dijo que allí donde nos reuníesemos en su nombre, estaría Él en medio de nosotros.

No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien le sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción. En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó: —¿Qué deseáis que os dé antes de volver al padre? —Señor —dijo Rafael—, deseo que me perdones mis pecados. —Perdonados están —respondió Jesús, siempre sonriendo. —Yo, Señor —dijo Gabriel—, ansío estar contigo... —Pronto estarás —replicó Cristo amorosamente. Y tú —me preguntó—, ¿qué quieres, hijo?

Iba a decirte algo de mi muerta; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas. —Qué anhelas, hijo?

—repitió Jesús, y yo respondí: —Señor, ¿qué puedo anhelar, si todo está bien? Yo sólo deseo que se haga en mí tu voluntad... Cristo me

miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!); pasó su mano translúcida por mis cabellos... Después se alejó sonriendo, como había venido.

Tanatofila

¡Oh, muerte en otros días, que recordar no puedo sin emoción profunda, te tenía yo miedo!... En medio de la noche, incapaz de dormir, clamaba congojado: «Yo tengo que morir... ¡Yo tengo que morir irremisiblemente!» Y sudores glaciales empapaban mi frente. ¿A quién tender la mano ni de quién esperar?

Estaba solo, solo de la vida en el mar... Tenía un formidable aislador: la pobreza, y ningún seno de hembra brindaba en mi cabeza febril una almohada. Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada? Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla bondadosa me quiso.

¡Era noble, sencilla; la fortuna la había tratado con rigor: nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor! Entonces, si la muerte volvía, con su quedo andar, yo le tenía ya mucho menos miedo. Buscaba, despertando, la diestra tan leal de mi amiga, y con ímpetu resuelto, fraternal, la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo!

Con tal de marchar juntos, ¿qué importan tu supremo horror y tus supremos abismos, oh, callada Eternidad?... Con ella no temo nada, nada. ¿El infierno? —¡El infierno será donde ella falte! ¿Y el cielo? —Pues donde ella se encuentre... Que me exalte o me deprime tanto como quiera mi estrella:

¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella? ¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano, si voy por los abismos cogido de su mano?» ¡Pero tanta ventura enojó no sé a quién en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien!

Una garra de sombra solapando su dolo, me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo! Solo, pero con una soledad más terrible que antes.

Sollozando, buscaba a la Invisible y pedía piedad a lo desconocido; abriendo bien los ojos y aguzando el oído, en un mutismo trágico, pretendía escuchar siquiera una palabra que me hiciese esperar... Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito, y ante el inexorable callar del Infinito (tal vez indiferente, tal vez hosco y fatal) escondí en lo más hondo del corazón mi mal, y apático y ayuno de deseo y de amor, entré resueltamente dentro de mi Dolor como dentro de una gran torre silenciosa... Mis pobres rimas fieles me decían:

«Reposa, y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste; ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste. ¡Aún hay muchas cosas que cantar..., cobra fe!» Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!...»

Mas ellas insistían; en mi redor volaban, y como eran las únicas que no me abandonaban, acabé por oírlas... Un libro, gota a gota, se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero inaccesible, un libro de tal suerte sincero, tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haber escrito, quedé más resignado, como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado todo lo crespo y turbio de mi dolor presente, dejando en la alma sólo la linfa transparente, el caudal cristalino, diáfano, de mi pena, profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro, que miraba temblando yo antes, blandamente se fue transfigurando... En la pálida faz del espectro, indecisa como un albor naciente, brotaba una sonrisa; brotaba una sonrisa tan cordial, de tal suerte hospitalaria, que me pareció la Muerte más madre que las madres; su boca, ayer horrible, más que todas las bocas de hembra apetecible, sus brazos, más seguros que todos los regazos... ¡Y acabé por echarme, como un niño, en sus brazos!

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío; con ella, nada temo; con ella nada ansío. En su gran barca de ébano, llena de majestad, me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Restitución

¿Encontrará la ciencia las almas de los muertos un día, y a la angustia y el llanto que los van buscando, del Enigma por los limbos inciertos, responderá la boca del abismo: «Aquí están»?

¿Descubriremos ondas etéreas que transmitan a los desaparecidos la voz de nuestro amor, y habrá para lo que ellos decirnos necesitan algún maravilloso y oculto receptor? ¡Oh milagro, tu sola perspectiva nos pasma! Pero ¿qué hay imposible para la voluntad del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?

¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

Buscando

Entre el dudoso cortejo de sombras, peregrinando voy una sombra buscando. En el místico reflejo de la noche constelada quiero hallar una mirada. Asir anhela mi oído una voz que se ha extinguido entre los ecos lejanos. Al pasar por un jardín finge el roce de un jazmín la caricia de sus manos.

¡Oh sombra, mirada, voz, manos!; el vórtice atroz de la eternidad callada os sorbió. ¡Triste de mí, que no tengo nada, nada; que ya todo lo perdí!

Indestructible

Bien ves, si me estás mirando, que desde que te perdí, mi vida se va pasando piadosamente pensando en ti; que incólume, sin desgaste, ¡oh Ideal!, has de vivir en el alma en que anidaste, y que lo que edificaste ni Dios lo querrá destruir.

La bella del bosque durmiente

Tu amada muerta muerta es como una princesa que duerme. Su alma, en un total olvido de sí misma, flota en la noche. Mas si tú persistes en quererla, Un día esta persistencia de tu amor la recordará.

Su espíritu tornará a la conciencia de su ser, y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el suave latido de su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que vuelve... Comprenderás entonces, merced a estos signos misteriosos, que una vez más el amor ha vencido a la muerte.

«Ed ella ov'è?», di subito diss'io

Dante: paraíso.

Si tras el negro muro de granito de la muerte hay un mundo, un más allá, al cruzar el dintel del infinito mi pregunta primer, mi primer grito, ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?»

Y una vez que te encuentre, penetrado de una inmensa y sublime gratitud para quien quiso fuera de ti amado y me permite haberte recobrado, ¡a qué pedir más beatitud!

Los muertos

El paraíso existe; pero no es un lugar (cual la creencia común pretende) tras el hosco y triste bregar del mundo; el paraíso existe; pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna, no emprende al azul remotos viajes, ni anidan en los cándidos celajes, ni tiemblan en los rayos de la luna... Son voluntades lúcidas, atentos y alados pensamientos que flotan en redor, como diluidos en la sombra; son límpidos intentos de servirnos en todos los momentos; son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios que se escudan en el arcano, mas que no se mudan para nosotros; que obran en las cosas por nuestro bien, son fuerzas misteriosas, que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado tiene el alma de un muerto idolatrado y en las angustias del camino siente sutil, mansa, impalpable, la delicia de su santa caricia, como un soplo de paz sobre la frente!

Solo tú

Cuando lloro con todos los que lloran, cuando ayudo a los tristes con su cruz, cuando parto mi pan con los que imploran, eres tú quien me inspira, sólo tú, Cuando marcho sin brújula ni tino, perdiendo de mis alas el albor en tantos barrizales del camino, soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano; cuando elevo mi espíritu al azul; cuando me acuerdo de que soy cristiano, eres tú quien me inspira, sólo tú. Pobres a quienes haya socorrido, almas obscuras a las que di luz: ¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido! Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

Benedicta

No sé adónde llevóse la marea de la muerte tu ser, pero yo exclamo, con el inmenso amor con que te amo: »¡Dondequiera que esté, bendita sea!»

No lo sé

Crepitan ya las velas en la ría; tú ¿por qué no te embarcas, alma mía? —Porque Dios no lo quiere todavía. —Mira: piadosamente las estrellas nos envían sus trémulas centellas... —Bien quisiera vestirme toda de ellas! —Tu amiga, la más tierna, ya se fue. Los que te aman se van tras ella;

¿qué vas a hacer tú tan sola? —No lo sé.

El celaje

¿Adónde fuiste, amor, adónde fuiste? Se extinguió del poniente el manso fuego, y tú, que me decías «hasta luego, volveré por la noche»..., ¡no volviste! ¿En qué zarzas tu pie divino heriste? ¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego? ¿Qué nieve supo congelar tu apego y a tu memoria hurta mi imagen triste?

Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso, de mi balcón atalayando vivo el campo verde y el confín brumoso; y me finge un celaje fugitivo nave de luz en que, al final reposo, va tu dulce fantasma pensativo.